

"La Parroquia, recinto de misericordia"

Me alegra saludaros a todos los colaboradores, "piedras vivas", feligreses y amigos de nuestra Parroquia del Ave María y San Luis, al comienzo del nuevo curso pastoral. Espero que hayáis pasado un buen verano, que haya sido un tiempo de Dios, y nos haya ayudado a "recargar pilas" para afrontar, con la ayuda de su gracia, los retos que se nos presenten en este tiempo que Dios nos pone por delante.

El programa pastoral del curso no puede sino estar marcado por la misericordia, ya que, hasta el mes de noviembre, estamos celebrando el Año Jubilar de la Misericordia. El domingo 13 de noviembre será la clausura del Jubileo en todas las Diócesis del mundo, y el Papa hará lo propio con la Puerta Santa de la Basílica de San Pedro el domingo 20 de noviembre, solemnidad de Cristo Rey. Con un deseo, que el mismo Papa ha formulado en la Bula *Misericordiae Vultus*: "¡Cómo deseo que los años por venir estén impregnados de misericordia para poder ir al encuentro de cada persona llevando la bondad y la ternura de Dios! A todos, creyentes y lejanos, pueda llegar el bálsamo de la misericordia como signo del Reino de Dios que está ya presente en medio de nosotros" (n. 5).

Mientras reflexionaba sobre las palabras que os podía dirigir al comenzar el curso, recordaba la súplica que dirige la Iglesia al Padre en una de las plegarias eucarísticas (V/b): "Que tu Iglesia, Señor, sea un recinto de verdad y de amor, de libertad, de justicia y de paz, para que todos encuentren en ella un motivo para seguir esperando". Y me preguntaba, y os invito a que nos lo preguntemos juntos: Nuestra Parroquia del Ave María, ¿cumple estas palabras? ¿Puede decir que es, o aspira a ser, con la ayuda de Dios y el esfuerzo de todos, "un recinto" donde se cumplen estas realidades?

Dios nos pide a toda la Iglesia, y lo pide a nuestra Parroquia en particular, ser un "recinto de misericordia", un ámbito donde se vive y se practica la misericordia, y se da testimonio de la misericordia con todo el mundo.

En este Año de la Misericordia, nos está resultando muy inspiradora a los sacerdotes la parábola del pastor que busca la oveja perdida (cf. Lc 15, 4-7; Mt 18, 12-14). El pastor bueno es capaz de dejar las "noventa y nueve" en el campo, y dejarlas momentáneamente para ir tras la extraviada. Es la imagen de la misericordia de Dios, que busca al hombre pecador. Es la imagen de la solicitud del pastor, que busca que todos conozcan a Dios y a su misericordia. El pastor, como Jesús, está llamado a buscar a los que se han extraviado, a los que se han equivocado, a los que piensan que podrán ser felices fuera de la casa paterna. En las páginas del Evangelio comprobamos que esta parábola no es sólo un símbolo, sino una realidad viva para Jesús: Él es el pastor que busca a los descarriados, a Mateo, a Zaqueo, a la samaritana... Se pone cerca de los pecadores para mostrarles el amor y la misericordia de Dios.

El pastor está llamado a cargar con la oveja perdida y restituirla al redil... Pero ahora queda otra pregunta: ¿Cómo la acogen las demás ovejas del redil? ¿Participan también de la alegría del pastor, o la reciben con celos, con envidias, mirándola por encima del hombro, reprochándole sus extravíos y su comportamiento incorrecto?

Es por eso por lo que la Parroquia, nuestra Parroquia, está llamada a ser "recinto de misericordia", donde destaque la acogida recíproca, la comprensión, la apuesta por la reconciliación. Porque la Parroquia no es el cortijo privado de ninguna persona, de ningún grupo, ni siquiera del señor cura; es una porción del rebaño del Señor Jesús, y nosotros somos ovejas que queremos escuchar la voz del Buen Pastor. Quien crea y forma la Parroquia es Él, el Señor, y todos nosotros estamos a su servicio. No podemos poner lindes al redil de Cristo, porque Él llama a todos. No podemos hacer discriminaciones en la Iglesia, pues todos estamos llamados a seguir al Señor y a estar con Él.

Por eso, hay que apostar decididamente por la misericordia, para renovar nuestra comunidad. Donde hay personas, es inevitable que surjan fricciones, incomprendiones, es inevitable que seamos víctimas de nuestros pecados y nuestros límites, incluso también de los pecados y límites de los demás. Pero no podemos dejar que éstos tengan la última palabra. Es necesario cubrir estas situaciones, estas heridas, con el bálsamo de la misericordia. Es necesario perdonar y pedir perdón, si queremos ser una comunidad según la voluntad de Jesús. También en las comunidades de los primeros tiempos había problemas, había conflictos, quisieron apostar por la misericordia. También para nosotros valen estas palabras de la Escritura que San Pablo dirige a los colosenses: "Sobrellevaos mutuamente y perdonaos, cuando alguno tenga quejas contra otro. El Señor os ha perdonado: haced vosotros lo mismo" (Col 3, 13).

Una apuesta decidida por la misericordia es lo que el Señor Jesús nos pide: "misericordiosos como el Padre" es el lema del Año Jubilar que estamos celebrando. Pues sólo la misericordia podrá restaurar relaciones heridas o maltrechas. Sólo la misericordia nos dará una mirada y un corazón capaces de hacernos cargo de las necesidades corporales y espirituales de nuestros hermanos. La misericordia nos llevará a evitar chismorreos, "el terrorismo de las habladurías", como dice el Papa, y que tanto daño hace. Dios quiere de nosotros, cada uno singularmente y como comunidad parroquial, un compromiso de misericordia. Dios quiere que esta Parroquia, que antes que nuestra, es suya, sea un "recinto de misericordia" donde todos puedan ser acogidos, escuchados, abrazados, atendidos, ayudados... En la Canonización de la Madre Teresa, el pasado 4 de septiembre, el Papa Francisco tuvo un pensamiento que puede inspirar nuestra tarea en la Parroquia y nuestra presencia: "la misericordia era la sal que daba sabor a cada obra suya".

"¿...Y si cuesta la misericordia, si cuesta perdonar esta ofensa...?" La misericordia empieza por la oración. En ella gustamos la misericordia del Padre y, al mismo tiempo, ella es el punto de partida de nuestro compromiso de ser misericordiosos. Para definir a la Iglesia, antiguamente se hablaba del "misterio de la Luna": así como la Luna no tiene luz propia, sino que refleja la luz que recibe del Sol, la Iglesia refleja la luz de Cristo. Y en nuestro tiempo, está llamada a reflejar la luz de la misericordia. Que esta luz sea la que ilumine nuestra vida y nuestro empeño evangelizador a lo largo de este curso.

Que, verdaderamente, nuestra Parroquia llegue a ser un "recinto de misericordia", un "recinto de verdad y de amor, de libertad, de justicia y de paz, para que todos encuentren en ella un motivo para seguir esperando".

Vuestro párroco

Manuel García Valero, Pbro.